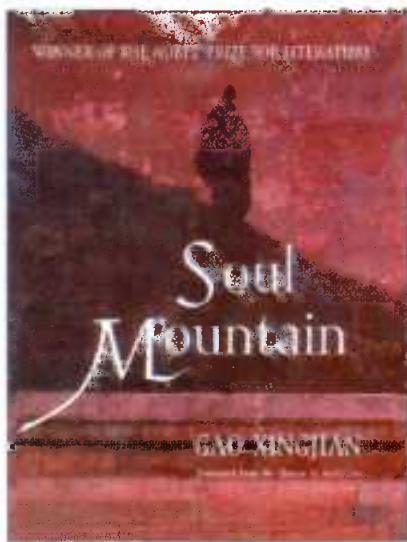


## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

XINGJIAN, Gao. *La Montaña del Alma*. Ediciones del Bronce, Barcelona. 2001.  
Traducción de Liao Yanping y José Ramón Monreal.

Por: Humberto Alexis Rodríguez Rodríguez



*Esta Montaña del Alma que has venido a buscar es mencionada desde hace muchos siglos por los antiguos. Los campesinos que viven aquí generación tras generación no conocen la historia de este lugar, pero tampoco es que conozcan mejor su propia historia. (p. 64)*

*La Montaña del Alma* es la crónica de un viaje. Cada uno de sus 78 breves capítulos son una estación del largo periplo que lleva a un hombre a abandonar el mundo de las ciudades donde ha vivido hasta ahora para partir en busca de un universo más original, antiguo, oculto en las provincias más distantes de la China Meridional. Cada pausa en este largo errar es un encuentro con mundos ya perdidos y a veces olvidados, con tradiciones que persisten pese al influjo arrollador del mundo moderno y de las revoluciones.

Montañas ocultas en la niebla o en el rocío pobladas de ladrones legendarios, bosques sagrados en donde aún ambulan los pandas gigantes, ciudades sumergidas en las aguas de los lagos o pueblos aislados en el fondo de los riscos son el escenario donde pululan dragones rituales, saqueadores de tumbas, brujas, demonios, calígrafos, encantadores, encantados, bonzos y sacerdotes.

A la historia de la prostituta de la Casa de la Alegre Primavera y a las leyendas de la serpiente sagrada qi, de Guanyin -diosa de la vida- y de Tianlou -diosa de la muerte- se suman tantas otras fábulas, canciones, crónicas, cuentos y supersticiones que permiten emparentar esta obra con las más antiguas tradiciones orientales. En ella también, como en *Las Mil y una Noches*, una es la historia del viaje, la de un desahuciado que ha abandonado el mundo literario, pero múltiples son los ecos de su relato ahora que se ha convertido en cazador y contador de historias.

Viejos campesinos, vigilantes y guías de las montañas, leñadores, botánicos, guardabosques, sembradores de arroz, centinelas, taberneros, todos, narran a su vez cómo el mundo ancestral afín a los antiguos imperios de los Han y los Miao ya es tan sólo una vaga nota en la memoria: ya nadie sabe que las piedras o los muros caídos o cubiertos por la hojarasca fueron antaño un templo sagrado, un gran palacio o una famosa plaza de mercado del período de los Imperios Combatientes.

Aquel juego donde el viajero pasa de "yo" a "tú" a lo largo de su narración es tan sólo una forma sutil de romper el arduo monólogo del hombre que ve cómo la memoria de su pueblo está siendo arrasada por el olvido y por la llegada de los nuevos tiempos:

*Ando siempre en busca del sentido, pero, a la postre, ¿qué es el sentido? ¿Acaso puedo impedir que los hombres construyan esa presa monumental mientras destruyen su propia memoria? No puedo hacer otra cosa que llevar a cabo indagaciones sobre mi propio «yo», minúsculo grano de arena. Únicamente puedo escribir un libro sobre «mí», sin ocuparme de saber si verá la luz. ¿Y qué sentido tiene escribir un libro más o menos? ¿Se echará de menos la cultura que haya sido destruida? (p. 401)*

¿Es posible, a partir de los fragmentos que forman una novela, recuperar la memoria de un pueblo? ¿Es posible emprender la tarea de viajar por la vasta geografía de un país milenario o escribir una novela para encontrarle un sentido a la existencia? ¿Yo, tú, ella? ¿Quién debe narrar esta historia cuando los tres son solo proyecciones para evitar la soledad, frutos de la imaginación?

Después de la Revolución Cultural China (1966-1979), período durante el cual el régimen comunista se dio a la tarea de extirpar las cuatro antiguallas, a saber, las viejas costumbres, los hábitos, los pensamientos y las tradiciones, ¿cómo reencontrar el camino cuando el mundo ancestral ha sido sustituido por los mandos imperiales que condenan todo vestigio de un pasado que ignoran, pero que tampoco ofrecen una alternativa para el futuro?

Éstas son algunas de las preguntas que se reiteran a lo largo de las páginas de esta maravillosa novela del Premio Nobel chino Gao Xingjian, cuya obra comenzamos a conocer apenas en español.

Durante la Revolución Cultural, Gao estuvo internado en un campo de trabajos forzados, donde fue obligado a destruir todos sus escritos. Había escrito novelas, estudios sobre estética y obras de teatro. Tras un paréntesis en el que estuvo condenado al ostracismo, se exilió en 1987 en Francia tras publicar la obra "La Otra Orilla", que fue prohibida por el Gobierno chino. Luego de la masacre ocurrida en la conocida plaza de Tiananmen en 1989, el novelista chino abandonó el Partido comunista e ingresó en el movimiento disidente.

Además de novelista y dramaturgo, Gao ha sido intérprete de violín y pintor. La mayoría de sus obras han sido, de hecho, ilustradas con sus propios dibujos en tinta. Fruto de esta fusión de artista plástico y poeta son muchas de las páginas de su novela, las delicadas descripciones en donde la sutileza de la luz, como en una aguada oriental, hace que se fundan entrañablemente forma y fondo, como sucede en la bellísima descripción del lago Cao:

*... en la orilla opuesta, se alzan unos bosquecillos de árboles, unos árboles que han perdido sus hojas y otros no despojados todavía del todo de ellas, de esbeltos álamos de los que cuelgan aún algunas hojas amarillas, de azufafos de un negro metálico en los que sólo una o dos hojas de un amarillo pálido tiemblan al viento, de sebos de China de un color púrpura, frondosos unos, ralos otros, semejantes a unos cendales de niebla, en la superficie del lago ninguna ola, tan sólo reflejos, claros y brillantes, de colores tornasolados, que oscilan del rojo oscuro al púrpura, pasando por el anaranjado, el amarillo pastel, el verde oscuro, el pardo ceniciento, el blanco lunar, ... (p. 156)*

Viaje hacia el pasado, hacia su propia infancia, hacia sus propios temores. El narrador y su escritura se sitúan en el espejo. El "yo" y el "tú" que imperan en cada uno de los capítulos son parte de esa mirada que se cierne sobre el hombre tratando de ver, de reconocer sus rasgos, ahora que el tiempo ha borrado los márgenes. El viaje por esta deslumbrante geografía es apenas una metáfora, -mejor sería decir una acuarela- de los avatares del mundo interior con su carga de soledad, olvido y contradicción.

También para él son distantes el tiempo y la tierra. El protagonista no logra cruzar del todo los umbrales que han tejido los años de su ausencia. A su regreso, suenan de extraña manera los relatos, las voces de sus coterráneos. Él mismo desconoce la mayoría de los símbolos implícitos en los rituales. Los dialectos se han hecho más confusos:

*Le pregunto a mi guía si puede traducirme el sentido general de estos textos sagrados. Él dice que le indican al muerto el camino en las tinieblas. Hablan del dios del cielo, de los dioses de las cuatro direcciones, de los dioses de la montaña y del agua, y revelan el origen de los antepasados del difunto. El alma del muerto puede entonces retornar a su tierra natal siguiendo el camino que le es mostrado. (p. 166)*

"Retornar a esa tierra natal", he aquí una de las claves de Gao y su Montaña del Alma, obra de inquietante poesía en donde las preguntas fundamentales que el hombre hace hoy sin importar en qué lugar del mundo se encuentre se combinan con el arte verbal y pictórico de un viejo calígrafo chino, un narrador pleno y exquisito que nos devuelve a las fuentes mismas de la literatura: el ritual sagrado y la leyenda, la infancia y la memoria.

